

El reto de construir una historia diferente*

P. José María Tojeira S.J.**

Celebramos los veintiún años de la muerte martirial de nuestros hermanos jesuitas y Elba y Celina. Y lo celebramos en un momento en que las posibilidades de buscar justicia en El Salvador son mayores. Continúa habiendo injusticia y, por eso, hemos elegido como lema de este aniversario la frase de Ellacuría que dice: “Cuando la situación histórica se define en términos de injusticia y opresión, no hay amor cristiano sin lucha por la justicia”. Pero la conciencia de nuestro pueblo ha crecido lo suficiente como para pedir un cambio de rumbo que se concentre en satisfacer las esperanzas de los más pobres.

La tarea no es fácil, pues muchas fuerzas y muchas inercias se juntan para impedir los cambios que el país necesita. Por eso nos reunimos a la sombra de nuestros mártires —ejemplos esforzados en el caminar hacia la justicia—, para cobrar fuerzas y ánimo. El pan de la palabra, que hoy se nos ofrece en la eucaristía, da el rumbo y la energía. La lectura del Antiguo Testamento nos recuerda que no hay fe verdadera en Dios si no somos capaces de ver su rostro en la viuda, el huérfano y el oprimido. El Evangelio de las bienaventuranzas nos habla de una manera nueva de construir la historia de la humanidad, y Pablo la concreta en sus consejos a la comunidad cristiana de Roma.

Ese reto de construir la historia humana de un modo diferente continúa teniendo hoy la misma fuerza que en tiempos de Jesús. El culto al poder, al dinero, la soberbia de la vida siguen siendo fuerzas dominantes. La idolatría del dinero y del poder que venció Monseñor Romero domina demasiadas estructuras sociales, políticas y económicas en el mundo en que vivimos y en El Salvador que amamos. Aun en medio de las crisis financieras y de empleo, con tanto dolor añadido a tantos seres humanos, continúa habiendo gente que se enriquece cada día más. Ya antes de la crisis actual, el Papa Juan Pablo II había denunciado que lo que caracteriza al mundo actual es una guerra de poderosos contra débiles. Y no faltan quienes, desde el campo de la ética, traducen y concretan esa frase diciendo que la guerra más letal en el mundo actual es la guerra de los ricos contra los pobres. Que entre nosotros todavía estemos manteniendo en el hambre a casi el veinte por ciento de los niños entre cero y cinco años es un verdadero acto de agresión. Y un acto todavía

* Homilía dictada en la solemne eucaristía de apertura de vigilia en memoria de los mártires UCA, el 13 de noviembre de 2010.

** Rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA).

más patente cuando simultáneamente se venden autos de lujo sin impuestos en la Feria Internacional. Los niños que pasan hambre tienen familias sumidas en la pobreza, pero no tienen Estado ni tienen país que los mire como compatriotas. Continúan como los huérfanos del Antiguo Testamento, desposeídos de los derechos más elementales de humanidad.

Las bienaventuranzas los enseñan y exigen construir un mundo diferente. Nos animan a encontrar la felicidad en el compartir austero y no en el derroche consumista. Nos dan la fuerza para resistir en la solidaridad y el amor con la seguridad de que la historia de Dios dará en posesión la tierra a quienes resistan hasta el final.

Estas bienaventuradas palabras de Jesús nos regalan como gracias esa solidaridad compasiva, que llora con el que llora y se levanta con él para construir un mundo donde la consolación y la misericordia sean más fuertes

Construir las bienaventuranzas en El Salvador exige generosidad. Ningún cambio social es duradero ni justo sin generosidad. Ningún acto de amor es plenamente auténtico si no lleva consigo la capacidad de sacrificarse por los demás.

que el poder del dinero y de la fuerza bruta; nos limpian el corazón de ambiciones y excesos de apego a los bienes de la tierra y nos infunden esa hambre y sed de justicia que acaba brillando en la tierra como las chispas en el incendio de un cañaveral. Bienaventuranzas poderosas que nos consolidan en la tarea de construir la paz y nos fortalecen en medio de las persecuciones. Y todavía más. Esas bienaventuranzas son palabras de Dios que nos aseguran el triunfo sobre los prepotentes, sobre los que tienen corazón de piedra ante el dolor de los pobres, y sobre aquellos que, aun siendo hermanos, no tenemos más remedio

que llamarles verdugos. Victoria de las bienaventuranzas que ya hemos visto en Monseñor Romero, en los ocho hermanos y hermanas que hoy recordamos, y en tantos mártires centro y latinoamericanos que continúan vivos en nuestro continente. Ellos generan fortaleza, solidaridad, alegría y esperanza en nuestras vidas, mientras que sus asesinos se van convirtiendo en sombras oliendo a olvido.

Construir las bienaventuranzas en El Salvador exige generosidad. Ningún cambio social es duradero ni justo sin generosidad. Ningún acto de amor es plenamente auténtico si no lleva consigo la capacidad de sacrificarse por los demás. Cuando los países desarrollados con incapaces de tratar generosamente a los emigrantes, muestran la enorme debilidad de su sistema, incapaces de compartir. Defensores de un comercio desigual, e incapaces de sacrificar algo de sus riquezas para ser solidarios, quieren después cerrar las puertas a quienes buscan una pequeña porción del bienestar del que tanto presumen las naciones poderosas. Nuestro desarrollo no puede construirse de la misma manera. No podemos aplaudir el triunfo del más fuerte, sin importarnos la suerte de los más débiles aquí y en todos los países hermanos de Centroamérica. Nuestro modelo de desarrollo tiene que ser más solidario, incluyente y centroamericanamente fraterno.

La generosidad es siempre solidaria. Y la solidaridad tiene que expresarse en todas las dimensiones de la vida. Cómo es posible que habiendo escandalosas desigualdades, pobreza, desempleo e injusticia social, haya personas que se quejen de que el Gobierno ponga, como salario mínimo de sus trabajadores, 300 dólares al mes. El salario mínimo, además de ser de un mínimo injusto, ha ido decreciendo en su valor adquisitivo durante los últimos veinte años. ¿No es eso también un acto de violencia? Y mientras hay salarios de 10 000 dólares y más en el país, hay también resistencia a que se suba el impuesto sobre la renta. En El Salvador se continúa evadiendo impuestos mientras la medicina escasea, la mayoría de los ancianos no tiene pensión y no se responde a las expectativas laborales de los jóvenes. Y se impiden las medidas que podrían evitar tanto la corrupción como el control de la evasión de impuestos. Si la mayor riqueza de un país es su gente, cómo es posible que no invirtamos más, mucho más, en nuestra propia gente, en todos y todas, pero muy especialmente en los más débiles, excluidos y faltos de protección.

Las bienaventuranzas, y los mártires que las vivieron, nos llevan siempre a la acción. Por eso, Monseñor Romero se convirtió en su momento en voz de los sin voz. Y por eso mismo, ahora, debemos todos nosotros y todas nosotras tomar la antorcha de Monseñor Romero, de los masacrados en la Quesera y en tantos otros lugares que claman justicia desde su inocencia. Debemos recoger la voz de todas las víctimas de El Salvador. Ya es hora de que el grito de los niños de El Mozote, recuperado desde la voz de una humilde campesina, Rufina Amaya, venza la prepotencia de quienes siguen llamando héroes a quienes violaron los derechos de los más sencillos y pobres. Y ya es hora también de que nuestras voces sean cada vez más potentes para vencer el egoísmo reflejado en estructuras de pecado que siguen dando más al que tiene más y privando de lo básico a quienes carecen de casi todo. Con frecuencia, en las misas de aniversario de monseñor Romero, decimos que queremos obispos como él. Hoy llega el momento de decir que queremos cristianos y cristianas como monseñor Romero. Y decirlo especialmente hoy, cuando ayer mismo la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró el día 24 de marzo como el Día del Derecho de las Víctimas a la Verdad¹. Un verdadero homenaje de la comunidad internacional a nuestro obispo mártir que nos lleva a poder decir que hoy el mundo ha beatificado a monseñor Romero. Cómo no querer, después de esto, cristianos y cristianas firmes en la justicia y el amor.

Los mártires viven y siguen con nosotros, y nosotros con ellos hasta vencer definitivamente el mal con el bien. Que así sea.

1. Día Internacional para el Derecho a la Verdad en relación con las Violaciones Graves de los Derechos Humanos y para la Dignidad de las Víctimas.